

CHRISTIAN RAMÍREZ

Cuatro años después de un traumático paso por campos de concentración, una mujer belga llamada Nelly Akerman quedó embarazada. Nacida a mediados de 1950, su hija Chantal descubrió en su adolescencia los avatares de la guerra que la madre había silenciado con celo extremo; para entonces, la imagen que de ella poseía estaba formada: a ojos de la futura cineasta, la verdadera épica de Nelly era un relato puer-tas adentro, conformado por multitud de actos que, sueltos, quizás parecen mínimos, pero puestos uno al lado del otro conforman el mundo entero: levantarse al alba, estirar las camas, sacudir los muebles, fregar el piso, lavar la ropa, hacer el almuerzo, servir la comida, salir a la calle, hacer los trámites, coser, tejer, tomarse un café a media tarde, preparar la cena, comer, dar las buenas noches, pasarle llave a la puerta, acostarse, apagar la lámpara, dormir y, a las pocas horas, vuelta a empezar otra vez. Y otra vez y otra vez. La mujer como bastión del hogar. La mujer como esclava de esas paredes. La mujer que, tal como Sísifo, va empujando silenciosamente su roca a la

La mejor película de la historia, según nueva lista 2022 de Sight & Sound:

“Jeanne Dielman”, de Chantal Akerman



Jeanne Dielman limpia la cocina, pela papas y se prostituye en las tardes.

vista de todos, a la vista de nadie. La mujer que pocos años más tarde, Akerman plasmaría de forma clínica, fascinante y aterrorizante en un largometraje que acaba de superar nada menos que a “Citizen Kane” y “Vértigo”, para encabezar la prestigiosa encuesta de las mejores películas de la historia del cine, que cada 10 años conduce la revista británica Sight

& Sound. Un filme cuyo título está compuesto por un nombre propio y una dirección postal: “Jeanne Dielman, 23 Quai du Commerce, 1080 Bruxelles”.

De entrada, habría que decir que Jeanne Dielman no es “Casablanca”. Diablos, ni siquiera es “Los 400 golpes” o “El sacrificio”. No posee el brillo de los clásicos de Hollywood, la rebeldía

de la Nouvelle Vague ni habita en ella la espiritualidad tarkovskiana. Es imposible medirla contra esos modelos ya que nació por motivos muy distintos al deseo de complacer, provocar y dialogar con su audiencia. Empezando con una beca del gobierno belga, el proyecto fue desde el principio tanto una película como una acción de arte y un manifiesto. Cumplidos los 24 años, Akerman sabía que su punto de partida era la vida y quehaceres de su madre; los mismos que ella había denunciado y renunciado a repetir, pero que recreados frente a

la cámara acabaron por transfigurar su idea de la mujer del siglo XX: durante buena parte de su extenso metraje, la audiencia observa a Jeanne Dielman mientras va de allá para acá, mientras limpia la cocina, pela papas o adoba unas escalopas por la mañana y se prostituye en las tardes, para aumentar el ingreso familiar, sin

asomo de dramatismo alguno. Era esperable: la película causó evidente perplejidad en mayo de 1975, cuando debutó como parte de la Quincena de Realizadores del Festival de Cannes, gatillando un pequeño culto que fue creciendo y cambiando de perspectiva a través de las décadas.

JEANNE DIELMAN

Escrita y dirigida por Chantal Akerman. 201 minutos. Disponible en Blu-ray vía Amazon.com **DRAMA**

El primer impulso de la crítica fue asimilar la obra al movimiento feminista, algo que la propia Akerman combatió con cierto fervor en los años siguientes —“no creo que exista algo llamado cine

de mujeres”, llegó a decir—. En la medida que esa lectura fue menguando, se hizo cada vez más evidente que el filme era una formidable síntesis del cine de posguerra. Un cúmulo de compasión (Ozu), angustia existencial (Antonioni), imposible relación entre espíritu y materia (Bresson), desacralización del trabajo (Go-

dard) y una cadencia narrativa fría, distanciada y resiliente, heredada de las películas de Andy Warhol. Akerman reimagina esas pulsiones y las convierte en algo nuevo: el primer filme de lo que hoy entendemos como *slow cinema*, formato de larga, inmensa prole: desde Jim Jarmusch a Claire Denis, pasando por Tsai Ming-liang y Lucrecia Martel, todas las superestrellas de los “nuevos cines” algo deben a esta jovencita que intuyó un nuevo mundo audiovisual en su impulso por volver a casa.

Es una ironía que ella misma no esté para comentar sobre su triunfo en la encuesta, aunque es posible que la idea no le habría gustado mucho. Akerman se suicidó en octubre de 2015, poco después de la muerte de esa madre a la que contempló toda la vida. Años antes había comentado su propio legado artístico en estos términos: “Me gustaba hacer películas, pero cuando los demás hablaban de mí usando mi nombre y mi apellido sabía que hablaban de alguien que para ellos había hecho algo más que vaho, algo así como una obra. No quería contradecirlos. Por ningún motivo. No quería decirles que era todo vaho, así que no decía nada”.